SERGIO FERNANDEZ

VOZ VIVA DE MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE DIFUSIÓN CULTURAL

PRÓLOGO

por Margo Glantz

1. EL LINAJE DE LOS PECES

¿Qué son los peces? Animales con escamas, de sangre fría, habitantes vertebrados de un universo acuático, dulce y salado, propietarios de agallas y branquias, seres viscosos y resbaladizos, que nadan, reptan, flotan o se arrastran.

"El agua ha impuesto a los peces su forma genérica, dice un tratado científico, su forma de respirar, su método de locomoción y de reproducción, y les ha dado . . . un sexto sentido exclusivo que no posee ningún otro animal." Es este sexto sentido el que los unifica con el hombre cuando aparecen como símbolo mágico de una sustancia transformada en Verbo, o como la doblez estelar de un signo del Zodiaco.

Los peces son habitantes múltiples de un reino diferente al nuestro, son los innumerables individuos que se deslizan por las aguas, pero también son la palabra divina que nombra a Cristo y el signo disperso y confundido del Zodiaco que termina. A la vez son la metáfora barroca por excelencia, la metáfora-epígrafe que abre el libro de Sergio Fernández, que con ecos de Sor Juana repite: "En peces transformó, simples amantes." Los peces son como signo astrológico el símbolo de la disolución, la putrefacción, lo indeterminado y lo confuso. Los peces son el principio pero también el final de un ciclo, la terminación arbitraria del círculo que no debiera tener ni principio ni final y que por ello es a la vez lo primordial y lo último, lo perfecto, pero también la imperfección más total y definitiva. El signo *piscis* es doble y se representa mediante dos peces que nadan en sentido inverso, unidos por un hilo que les sale de las bocas. Uno sube y otro baja, pero los dos se detienen en un movimiento contradictorio que los suspende en el tiempo y en el espacio líquido. Este símbolo primordial de la contradicción interna se redime en el Verbo, en la figura mística que define al Salvador, al Cristo, trasmutándolo en animal sagrado, de cuaresma y de vigilia, en alimento espiritual que niega lo corpóreo y lo carnal, en sustituto ferviente de un cuerpo y de un nombre que gobiernan dos mil años de vida cristiana.

Y los peces nadan en Roma y en movimientos concéntricos y volátiles, trasmutados en pájaros, llegan a Ostia Antica y peregrinan rumbo a Pestum, ciudad híbrida, de columnas amarillas y arenas calientes y sensuales. Roma, la de los foros imperiales, la de los sacerdotes y seminaristas, la de las fuentes y las estatuas, la de las mujeres hermosas, Roma la de la Sede Santa.

Así tenemos combinados los signos y las palabras: signo astrológico de connotaciones muy diversas, símbolo cristiano por excelencia y contradicción barroca inserta en la palabra. Escenario: Roma. Con estos elementos y una historia dislocada, Fernández inicia el difícil camino de integrar una cultura dispersa en textos clásicos y palabras rotas por el manoseo continuo del tiempo, en un paréntesis novelado. Por eso la historia que se narra "páginas adentro" no es la historia verdadera, sino su trasmutación alquímica en signos verbales, en símbolos nuevos de un barroco transformado.

2. LA HISTORIA PÁGINAS ADENTRO Y PÁGINAS AFUERA

Los peces es —y no es— la historia de una extranjera que visita Roma y se encuentra con un sacerdote, italiano del norte, de visita también en la ciudad sagrada. El calor y el sexo inician el acoso; el sacerdote se deja llevar por "una bella bestia" que lleva adentro y la mujer, que siempre ha deseado acostarse con un sacerdote, lo rechaza en escamoteo maligno y decidido. Pasan juntos unas horas en vieja inercia repetida y se separan sin realizar el encuentro. Los foros imperiales han sido el escenario, Ostia podría haber sido el de su reunión, aunque él sugiere Pestum que está más lejos. En el trasfondo, casi inmóviles, esperan otros personajes: un negro americano enredado a la vez con una recamarera y un ascensorista, un amante de la muchacha que la espera en el cuarto y una presencia vaga, apenas sugerida en el ámbito de un nombre, Clara. Ésa es la historia, ésos los personajes, en medio un epígrafe: "en peces transformó, simples amantes", y luego la ¿novela?

Los elementos podrían ser tradicionales, la anécdota hubiera podido desarrollarse, el acoso intensificarse, pero Sergio Fernández prefiere relegar la historia a la manera de los pintores cubistas que retratan una mujer desintegrando sus elementos. La nariz y las piernas se unen mientras los ojos atisban desde lejos el panorama devastado y se ofrecen "distintos borradores de la historia". Todo está pero trastrocado, como si la corriente interna del pensamiento hiciese pasar los peces de lado a lado combinando elementos, recreándolos y alterando el cuadro. La caminata por Roma, el encuentro furtivo de caricias y manoseo entre las piedras ruinosas de los foros imperiales, el acoso, Clara y los gatos, Gabriel, el amante del hotel, Ostia y el mar salado, Pestum y sus arenas se reúnen en un coito que se instala a gritos en el calor, sexualizando a

la ciudad entera. La desintegración cubista de los colores, de las calles, de las ruinas, de las fuentes se une a la sucesión ininterrumpida de posibilidades que terminan copulando entre ellas sin pudor: "En el cielo encajan las torres de la Trinidad de los Montes porque son en sí mismas una erección"; "masturbo al obelisco"; "penetro al centro del animal que es Roma. No sé por qué he venido y me abandono a acariciar el vello de sus piernas, que tan bien hacen lo que saben hacer"; "antes Roma se va entregando sin el menor escrúpulo a mí"; "al mismo tiempo el pene de Neptuno es un apoyo que me lleva y me trae a los infiernos pues no he pecado a mi satisfacción". La cópula entre la viajera y el sacerdote no se realiza en la anécdota, pero se desarrolla agigantada en el cuerpo del libro hecho ciudad. Las asociaciones mentales, las descripciones de monumentos y la ordenación de las palabras le otorga al texto una lubricidad mayor y más depurada. La cópula se ejerce en todos los niveles, menos en el concreto y cotidiano. La ciudad se vuelve un inmenso espacio sexuado que se ofrece en columnas, promontorios, torres, ruinas, estatuas y paseantes. Los peces deambulan en ese líquido seminal, pegajoso, exaltante y a menudo se truecan en palomas o sugieren gatos lascivos y demoniacos.

Trascendida así la materia concreta de una historia, la novela adquiere una coloración definitiva que se funde para romper la barrera que plantea el barroquismo intenso de las imágenes y las ideas; se desata la sensualidad y el calor de la canícula fusiona en su interior los deseos y los cataliza realizándolos en todas sus facetas y en todas sus texturas; integra la piedra a la piel suave y mantiene en erección a las palabras que nos penetran lujuriosas.

La descomposición de la anécdota, su desvanecimiento entre las imágenes y los conceptos descubre la sensualidad profunda de la prosa, define el cubismo sugerido a lo largo de sus páginas y lo reitera por fin en una cita: "Sorda, comprendo entonces al grupo de turistas que abolieron los viajes para ver el cubismo donde cuadro por cuadro de mi cara contiene el astringente donde nadan los peces..." Geometría visual que deshace en planos una trama descuadrada por imágenes insólitas y tenaces: "Lo ayudo a tenderse en la arena mientras el sol facilita su cuerpo, tanto más inocente cuando estando conmigo me penetra en silencio. Se riegan en los riscos piernas, mitades, brazos; se esparcen los gemidos, la forma de admitir y volver explicable la crueldad."

3. SÍMBOLO Y MITO

El sexo desatado se contiene sin embargo en la mitificación, en los símbolos que permean el conjunto. En el linaje de los peces hay de todo: un territorio animal donde se precisan escamas y deslizamientos acuáticos; presencia religiosa que redime la figura peculiar del pez y la convierte en signo grabado con dureza en catacumbas y emblemas de la primera Cristiandad; una marca celeste girando en el Zodiaco y dando término al ciclo de las estaciones; la palabra que unifica tiempos, espacios, erudiciones, citas clásicas, imágenes y metáforas. Y este linaje se descarga en Roma, ciudad eterna. Allí se aloja la cristiandad y sobreviven las ruinas y los foros imperiales, por ella caminan los sacerdotes y deambulan los pecadores. En Roma se mezclan diversos procesos y sustancias, los peces se deslizan por el aire aleteando como pájaros o se arrastran por el suelo como gatos de ojos verdes. Lo pagano se alía a lo sagrado. El pecado se integra a los colores y decora capiteles, se enrosca en las volutas y repta entre la hierba, ya no como serpiente sino como escamas, plumas y bigotes alcalinos de los gatos. Antonio el sacerdote se deja tentar como el Antonio de la leyenda, por la mujer que narra, mientras Gabriel —en su disfraz de arcángel— deja caer las plumas. Así el pez, el nombre del Señor, se vuelve paloma: "no hay nada más ni se incluye, en la misma persona, el vuelo de la Trinidad".

Enfrentado a la Trinidad, al Verbo, está el pecado y ¿cómo encontrar al pecado sin mirar al diablo? "Ahora por vez primera, se me aparece el diablo. En medio de los cuernos —yo de rodillas— le coloco la marca que impulsada hacia abajo le provoca el azufre y la distancia que entre ambos acorta la memoria." El diablo es una imagen tosca, apenas encubierta por el cuerpo de una cabra o de un macho cabrío, símbolo grosero de superstición y magia; pero no así el pecado que abarca en gradaciones, las más deliciosas cosas de este mundo. Pecado y diablo tientan a Antonio y escapan a la vigilancia del arcángel. Y el pecado se entroniza en una mujer que entreabre las piernas, y entre las piernas abiertas naufraga la virtud; "¡Oh, qué habla, qué besos, cuánto deleite contra la virtud!" y así el pecado se vuelve delicioso y el diablo partícipe. "Se cuentan a puñados las mujeres que el diablo deja sueltas y que unidas palpan lo breve de sus cuernos amablemente, tiernamente, para luego metérselos". Y el placer destruye a la virtud y el pecado se envuelve en el cuerpo de los gatos en goce activo, oliendo a azufre: "cada porción se vuelve inestimable y por eso fustigo a quienes contrarían la ocasión de los gatos, excitados, consustanciales, divergentes, cuya orden recae en las estaciones y en bramidos de índole menor". Los gatos que se arrastran son la escala más baja del pecado; ésta, asciende consumiendo, escrupulosa, todas las virtudes. La carne se enfrenta a la vigilia y la lujuria recorre su camino en un ejercicio enardecido pero también masturbatorio. Se ofician misas negras en los foros imperiales, al tiempo que la sodomía, el bestialismo y toda suerte de perversiones alternan con la violación y la ruptura de un cinturón de castidad que asoma desde la Edad Media entre tapices por donde se advierten unicornios.

Pero el pecado y la virtud parecen carecer de significado si se recuerda la iconografía de viejos juicios finales que ornan las paredes de las iglesias italianas. Los demonios no asustan a los condenados, el pecado no tiene un significado doloroso. La tentación pierde los aguijones y el retorcimiento angustioso que define a los personajes de Dostoievski o al sacerdote de Madre Juana de Los Ángeles. En ellos, el pecado encarna brutalmente y los demonios penetran en seres doloridos como una enfermedad contra la que se lucha ardientemente. La división tajante de virtudes y pecados sostiene el edificio: la pérdida de la castidad, dejarse tentar, significa perder el alma, abandonarse al demonio, dejar el reino de los cielos. Una lucha se entabla y el ser humano se doblega y recoge los demonios. El dolor de caer en pecado mortal es incomensurable porque se ha perdido la salud del alma. En *Los peces* el pecado juega voluptuosamente con la virtud y el reino es de este mundo.

El orden del pecado, la aureola de la tentación se restringen a una vida terrena. La dualidad cielo e infierno se reduce a la dualidad pasado-presente que se cancela en un tiempo concentrado. Más aún, el cuerpo de la narradora concentra en su sensualidad los tiempos y los modos. Roma se ofrece en su cuerpo; ella recoge la tradición y hace suyas las ruinas. Las columnas y las fuentes, las viejas piedras raídas, el calor canicular se integran a su cuerpo en una historia que cabe en el puño de su mano, en metáforas que acarrean el peso de los siglos como piedras deslavadas pero preciosas. El pecado existe sin tortura, más bien como lascivia. El pecado ostenta su refinamiento enriqueciéndose con viejas versiones y connotaciones nuevas, de repente unificadas en el monólogo incansable de un cuerpo-ciudad, de una mujer que resume voluptuosa toda una

historia, todo un catálogo de tentaciones. Se peca como pecó Salomé: por refinamiento, para aumentar el placer. Es un pecado del que Dios está ausente.

4. LA ALQUIMIA DEL LENGUAJE

La ausencia de Dios no parece preocupar mayormente a Sergio Fernández: el pecado está allí como estructura y la estructura se define en el lenguaje. Asegura Foucault en *Las palabras y las cosas*. "Lo que ha cambiado en la primera mitad del siglo XVII y por mucho tiempo —quizá hasta nosotros— es todo el régimen de los signos, las condiciones en que ejercen su extraña función; es aquello que, en medio de tantas cosas sabidas o vistas, los erige de súbito como signos; es su ser mismo. En el umbral de la época clásica, el signo deja de ser una figura del mundo; deja de estar ligado por los lazos sólidos y secretos de la semejanza o de la afinidad que marca." La supervivencia del signo vaciado de contexto se refleja en la obra de Fernández y su pasión, su pecado y su placer mayores están en el hecho mismo de devolverles su sentido, recreándolos en el lenguaje, rellenando de nuevo el signo con la herencia del pasado, esa herencia que se intensifica en las ruinas —foros imperiales— y que corre en las venas, apelmazada de conceptos, revuelta entre asociaciones y palabras.

Si el signo de la confusión primordial y fructífera está en *Los peces*, si las aves son presagio y remedo de ángeles, si los gatos acompañan a Clara arqueándose junto a Tito y a Constantino, las palabras se asocian para producir un placer sensorial y revivir el signo que habían perdido. No en balde, Fernández ha publicado un libro que lleva justamente ese título, *Los signos perdidos*. "Por eso aquí, en las ruinas; aquí entre los diptongos; aquí en este cementerio de épocas, de adiciones, me entregaré a Antonio sin decoro posible para que el sacrilegio, que es su mayor recurso, brinque en mi descripción." El amontonamiento de épocas y las figuras verbales plantean la búsqueda del signo, implícita en el sacrilegio de fornicar en la Ciudad Sagrada, sobre las ruinas, con un sacerdote, mensajero de castidad. Pero la transgresión se realiza en blanco, su campo de acción límite es el placer, privado de toda relación metafísica, sólo como "erupción del deseo" (para utilizar una frase de Octavio Paz).

La "erupción del deseo" estalla en abstracto, no canalizada en una pareja carnalmente constituida, sino en la mujer que recibe la lluvia de peñascos y palabras, en esa nueva Dánae que copula con la erudición y con el lenguaje. La recreación de signos se logra con operaciones sintácticas, con un nuevo conceptismo. Si Don Luis de Góngora y Argote dice en su *Fábula de Polifemo y Galatea*.

> De este, pues, formidable de la tierra
> bostezo el melancólico vacío
> a Polifemo, horror de aquella sierra,
> bárbara choza es, albergue umbrío
> y redil espacioso donde encierra
> cuanto las cumbres ásperas cabrío
> de los montes esconde . . .

escindiendo el hipérbaton, Fernández, lo sustituye por

"Me veo por el reverso y al palparme descubro los huesos de la pelvis sumidos en un marcado desinterés moral" que escinde el sentido clásico de la frase. Góngora perturba el orden lógico de las palabras, su hipérbaton es verbal, Fernández perturba el orden lógico del contexto, su hipérbaton es de conceptos. Verse por el reverso presupone contemplar por espejo, verse en un reflejo; la imagen se altera y se vuelve concreta para describir una pelvis en su contenido anatómico, pero los huesos hundidos no delimitan una mujer particular, sino una moral en general. El concepto se ha alterado como la colocación de las palabras de Góngora. La anécdota se ha diluido y con ella la lógica aparente de los párrafos que se construyen para comunicar y expresar una idea. Esta fórmula se vuelve rápidamente una reiteración:

"Es tanta la prosapia que mi ánimo se abate por impotente"; "¿Será que he invertido dinero en tropas frescas para que me custodien en abril?"; "A estas horas los hombres prácticos se extienden con voz suave, que gime cuando el adolescente se masturba en el palacio con los soldados". El juego de asociaciones no se ejerce siguiendo un hilo de pensamiento interno al que van unidas sensaciones, sino una corriente de erudición, interrumpida por sensaciones.

La emoción se despersonaliza, se traslada a la mujer que narra, bifurca o trifurca las frases y les otorga sentidos muy variados. Se oye el eco de una dicción versificada a la manera de Fray Luis de León y se pronuncia suave y acentuada; o aparece Quevedo con brutalidad: "Pero el turismo opina que morir es bicoca y para celebrarlo, durante la cuaresma, abre las piernas"; mejor, se unifican referencias históricas que enmarcan una historia literaria a lugares comunes, o se trastruecan violentamente las asociaciones cotidianas. Las connotaciones abstractas se concretizan y lo concreto reviste una significación moral. A menudo este juego amenaza con convertirse en un regodeo retórico, en un mecanismo bien aprendido pero inerte; sin embargo la mayor parte de las veces logra mediante la bifurcación y la alteración de los significados lógicos (hipérbaton del contexto), efectos poéticos y descubre la sensualidad.

"El momento lo dan otras mujeres que se mueven dentro de mí al desear el cirio que gotea la emoción de existir. Entonces mojo los dedos en saliva y al apagarlo, ya satisfecha, concilio mi nueva identidad." La palabra cirio se asocia al ritual cristiano, a la ceremonia de iglesia pero también al sexo, y la humedad lo reitera en una imagen clara de fornicación y orgasmo. "Se hacen —éstos y aquéllos— medidas mansas, misericordiosas, en tanto que las dueñas, por una transferencia, relinchan en el coito." Aquí se telescopian dos imágenes de la literatura española clásica: la figura inconfundible de la Celestina y su linaje de dueñas y terceras y una frase muy quevedesca que zahiere el coito. ". . . hay una pausa breve y los templos de Pestum unen con las columnas la cambiante medida de los nexos", en esta frase se sigue un ritmo ascendente y los elementos arquitectónicos se han sexualizado primero por la carga de imágenes que el libro plantea desde su comienzo y luego gracias a la reiteración implícita en la palabra nexo.

Una palabra clave es barandal. Los barandales aparecen una y otra vez a lo largo del libro, acoplados en diversas posiciones. Los barandales limitan los puentes y desde ellos se contempla la ciudad. "Ignoro lo que hago pisando el Puente de los Florentinos porque las decisiones son las mismas y al compartirlas con Antonio él forma la geografía de los sentidos cuando el calor, sin ninguna tardanza, parte de mi base lechosa, al lado de este barandal." Los barandales defienden y adornan; los barandales aparecen en las ruinas y en las plazoletas renacentistas, los hermosos pórticos tienen barandales. El barandal divide las estructuras, detiene las caídas,

provoca los apoyos. "Me recargo sobre el barandal y reúno en las manos, pájaros y memorias con el objeto único de producir especies que se miran de frente al pasar." El barandal es elemento de realidad. Tal parece que no recargarse en él impide ver, propicia caer al agua. De un lado del barandal está la realidad concebida en espacios temporales limitados por el mecanismo de un reloj que avisa que han transcurrido sólo tres horas "Son las tres" "Son las seis". Del otro lado están los peces que ovulan en las playas y la Mujer que los define y los encarna reuniendo la vigilia y el pecado.

De este lado del barandal está la historia, los Siglos de Oro, la poesía barroca, la trabazón de las piedras y las anatomías, del otro está la muerte, el cambio, la trasmutación, la alquimia. Y hay que recordar que para los alquimistas todo ha de volver a un principio en el que la Identidad persiste sobre todos los cambios, pero si los alquimistas no logran la trasmutación de los metales, por carecer de la energía física necesaria para ello, sí logran trasmutar las cosas metafísicamente, místicamente. Así Sor Juana "en peces transformó simples amantes" y Sergio Fernández, situado en el lindero de los signos, agotó el de Piscis.

Ahora estamos en Acuario...

TEXTOS

de Sergio Fernández

I

CARA I
Duración:
19' 00"

Si he de ser sincero, la historia que se narra páginas adentro es la siguiente: una tarde de verano, en Roma, una muchacha extranjera se encuentra, en la nave de Santa María la Antigua, con un sacerdote católico; un italiano del norte que, como ella, está de vacaciones.

El asedio, por parte de él, empieza aun antes siquiera de que ninguno de los dos llegue a advertirlo. Pronto se convierte en una especie de obsesión que no se interrumpe cuando la pareja sale de la iglesia y empieza a caminar entre los Foros Imperiales.

A estas horas el turismo visita las ruinas, lo cual no obsta para que el sacerdote, desprevenido de sí mismo, insista. El calor es absoluto y ella, por su parte, se asombra de que la aventura que tanto tiempo ambicionó —acostarse con un sacerdote— cobre, al fin, forma sobre la realidad.

El hombre, sin cuidarse de nada, la toca, la manosea; le insta, de inmediato, a salir de allí como si temiera que el demonio lo abandonara; como si la ocasión de tenerlo en la mente y en el cuerpo se fuera sin haber sido aprovechada. Pero ella no tiene prisa. Ha ido a ver, en la cima del Monte Palatino, la caída de la tarde, por lo cual lo convida distraídamente, no sin malignidad, a que la acompañe mientras el tiempo, tal como acostumbra, pasa.

Y pasa el tiempo acompañado de sudor, de sexo, de gente que mira sin que la pareja inquiete mayormente a ninguno.

Han ocurrido suficientes minutos como para que, una vez terminado el ocaso, ella acepte cenar y hablar un poco más, ahora de nada. Caminan en silencio. En un punto determinado se detienen para que la recoja el autobús. Se dan cita para la mañana siguiente, pero ambos se hallan en el convencimiento de que uno de los dos no acudirá. Es ahora cuando se despiden. Una vez dentro, sobre la plataforma, lo ve perdiéndose, vestido con su traje negro de alpaca del que se desprende el cuello redondo, blanquísimo, a modo de un luminoso disparate que perturba la noche. Ya solo, el sacerdote comprende, que para su bien, se ha enamorado. Porque —¿se me olvidó decir lo que Clara me dijo?—: a él le gusta sufrir.

Pero, de ser sincero, añado que la historia que se narra páginas adentro no es, no, la que acabo de sintetizar.

Las pasajes en que estoy dividida me indican que ya no hay nada qué hacer, qué remediar. Es mediodía y comprendo que la hora en que nos encontramos puede sustituirse por cualquier otra forma de mi intimidad. Gabriel, mi amante, opina que tenga paciencia, sobre todo cuando se trata de un sacerdote cuyo original, por la premura, se vuelve completamente indispensable. Pero las cosas van algo más allá porque Roma habrá de suceder así, delineando mis lados más jóvenes, con los que recorro las calles para apresarlo a él, a Antonio, relativamente acentuado en los Foros en las denuncias que provocan. No es ningún privilegio, pero quizás lo sea al ir y volver nosotros según las estaciones y los hábitos. Intensifico, luego, mis alianzas con algunos obispos y nunca me lamento, pues ¿por qué había de hacerlo si un impulso galante me aproxima y lo que siento con mayor vehemencia son sus dedos que me aprietan el brazo y el sol que al desaparecer descarga la biografía de algunos santos? Hay que tomar los cosas antes de que sucedan, pero esto no me parece convincente porque a las seis de la tarde, y desde la cumbre del Monte Palatino, no mantenemos un orden unitario, de los que están llamados a firmar una carta o la crónica en que se asientan juicios que abren y desmenuzan esta nueva contienda que relato.

No puede ser de otra manera y tampoco es posible decirlo como no sea por letras. Pero conozco esos rincones en donde un religioso que los atrapa sabe que sin encontrar algo que verdaderamente lo interrumpa no es posible esparcirse sobre ruinas porque estamos en Roma y Antonio por un mero accidente, se cultiva bajo el nombre que ofrecen los genios. Pero nada sé de sus manos, ni que su corazón de pálidos sistemas supuso erróneamente lo primero y lo último. Y ahora desde esta ventana veo la calle mientras Gabriel detrás de mí junta sus pinceles y los moja en el mar pues mi retrato debe percibirse en el momento de torcer su camino y llegar al lugar en que, hasta desvanecerse, se marcan mis orillas. Todo esto me ajusta, me protege, y tiemblo. Cierro entonces la boca, afilo mis espinas y al abandonarme soy, ya, por eso, una distinta obligación, el vigor que en este instante me hace útil. No bastan los actos que habrán de repetirse; no bastan las estrellas ni tampoco el hecho innato de saber que tenemos tres caras y varias etapas de la misma mujer. Recreo después el hábito interior, la facultad de hacer las cosas diestramente por su colocación accidental. Camino por el cuarto. Pertenezco, sin saberlo, al novicio de los dominicos

y noto que el sonido de las campanas podrá ensancharse sedimentándose encima de la saliva que chispea. Hago aciertos y errores: me reclino en debilidades de otras épocas. Suspiro. Antonio, a quien toco con los labios para grabarlo espesamente, se halla consumido por un deseo que yo misma le doy y es, por eso, ya un principio cierto. Añado entonces que todos los objetos son síntomas que permanecen en agudo contraste con la malla que por dentro los cobija; desempeño así un papel decisivo y sin embargo no sé, no entiendo, pues ¿por qué transformar a un cura lujurioso en un modelo que se intensifica con más y más preguntas? Se trata de juicios que han perdido la facultad de contemplar, con interés apasionado, el escándalo, pues la dueña gobierna, en ausencia del ama, toda la tercería. De allí que me interesen los temas materiales, el motivo de las agitaciones, o la evolución natural de una actitud que va quebrándose al transcurrir la tarde entre los peces.

Voy, vengo; el encuentro es recíproco y por eso, para acentuarlo, me inclino ahora hacia ese atardecer en que recargada en el barandal del Monte Palatino él me haga ser una reliquia o una libertad caída por allí, al azar, sin otra determinación que el suceso en sí mismo. ¿Cómo entonces no reconocer que los pájaros son el tráfico prohibido si se tienen en cuenta la altura, el vértigo, las instrucciones de mi velocidad? Tengo la convicción de que algo parecido nos conforma a los dos. No se trata de la misma sustancia, sino de la unión de una tarde en la cual nada, ni siquiera los escarabajos, defienden los partidos tomados por la caparazón. Pero, ¿dónde están los preceptos, cuál es la marcha de los fundadores? Roma, cuyas alas frontales se pliegan en sus fundas cuando llega la noche, cambia con el color su pluma. Lo cierto es que aún no son las tres ni las costumbres, por largo tiempo alimentadas, recogen a la monja que brota espontáneamente de la claridad donde asoman las cabezas asombradas, fecundas, mientras yo la recorro creando un episodio que no desaparece en esta línea que al escribir contemplo con la mente. El tiempo se limita a exponerse, toca los cuerpos y entonces sin integrarme a nada, sujeta por más que yo lo niegue, me siento a punto de entrar en la pasión.

Ignoro, sin embargo, si esta cita ha sido un acto delictuoso, puedo decir en cambio que tiene dobles flores y a la larga un vasallo feudal. Participo mirando en los torneos y a quien vence regalo mi pañuelo de encajes, noblemente empapado en la sangre del mes. Por lo demás no sé qué me obliga a aguardar en la nave de Santa María la Antigua, pero quizás no sólo sea el cansancio que da el maniático pulso del destino; no. Por eso busco en mi temperamento indicios que deben ayudarme y dejo el resto abandonado a lo que en mí es sensible. Entonces a mí misma me digo que tanta perfección me escandaliza y algo, algo realmente agudo, me sacudo por dentro. ¿Cómo reemplazar la distancia que somos, lo profuso de una melancolía? Sonrío, camino. En Roma el amaranto tiene una autoridad; porque cuando me encuentre con Antonio, o con la distancia sexual que significa, me daré cuenta que él, y no yo, presiona sobre un estado cierto para que así, arrastrada por confesiones y sometimientos, pueda adaptarme a lo que por desgracia ya no es la descripción de un gran pecado.

Me doy cuenta que se necesita describir con rigor este método: que debe subrayarse la banda de nervios que cruzan el cerebro y que sin puntos sólidos de apoyo me indica que algo importante sucede, ya, en mi vida. Camino con dificultad porque el calor forma, de tan espeso, cuerpos contiguos. Asumo un aire responsable; pienso que la gente que se topa conmigo empalma con el juego de mi mente. Pero prosigo y soy por ello mismo, parte del espacio, de la maleza nítida y azul que cobija, de atravesar el mar, tres antílopes blancos. Sin embargo me faltan caricias que no estén permitidas y el cura cae en un abatimiento continuo y semejante. No sé qué le acontece. No lo sé. ¿Por qué no integra con pasión las frases más extensas? ¿Por qué no ofrece una distinta clase de arbitrariedad? Yo entretanto oigo las cítolas en los acantilados de metal que a nuestro alrededor se vuelven eventuales para los habitantes de más o menos altas, de más o menos bajas calidades si se comparan con los que viven en el mar.

No hay otro encono que la piel de los hombres, magnífica, bestial. Puedo acostarme en ella mientras sea permanente la promesa de ser agrios, obscenos, los modos del albañil que al verme tiene los ojos tan neciamente transparentes que yo puedo tomarlos y después de jugar arrojar las canicas lejos de mí. Ofrezco entonces distintos borradores de la historia para quien quiera leerla mientras por estas calles a mi paso se fijan las gabelas. Pero, ¿dónde queda la estatua si el albañil se pierde? He aquí que mi refinamiento está en la cúspide y afirmo que la insurrección se espera por instantes. Para el caso se reúnen los torsos de los adolescentes y una furiosa dentadura que se ríe a carcajadas. Me abandonan: estoy sellada y sola, pero a veces, cuando me sigo para evitar perderme, me acoso con sermones y algunas penitencias que me sirven para tatuar mi nombre sobre el Tíber. Pero la manía del agua, que es nacer y morir, se manifiesta generalmente en los lugares húmedos que atraviesan la boca. Es este sitio que da mayor inconsistencia; la clase que justamente aspira a ser vista y sentida por los que estamos libres. No obstante, la lancha y el remero son del mismo género, como lo es el negocio de coger estos peces desvencijados en un torrente que los hunde para luego soltarlos en mi cara. Pero no es mi culpa. Al contrario, todo se debe a las maniobras de un sacerdote que en matices más bien superficiales desprende su penuria, lo que se toma como es y una actividad de provecho; pero en el texto no faltan dogmas que por la tarde arrojan el fuego de los miércoles. ¿Qué hay? ¿Dónde está lo demás? Debo decir que mi amante es la cabeza primaria de la empresa que empaca caracoles en espiral. Nadie mejor que él conoce las fuentes del Estado y aplaude la labor de cardenales en cuyas capas se concentran las horas rojas e iluminadas de mi ventana. Más allá están la enfermedad y las pasiones, el aire, el ardor de la cópula de las hermafroditas. Inicialmente llego a viciarme y si pido la ayuda de una mano que pasa elevo mi tamaño que, de escalarse, se contempla a sí mismo dentro del panorama. Queda de mí lo que demanda auxilio en el océano. Chocan los barcos y entre las tablas rotas yo me pregunto si el capitán, que gusta de los triángulos, hace el amor conmigo y con Antonio mientras hay el naufragio. La confusión estalla en plumas de flamenco y picos sueltos y curvados. Entonces, para salvarme, yo me acojo al proverbio de cómo manejar todas las propiedades de un tirano que entiende, sin embargo, por qué Roma amenaza con volverme colectiva y vulgar. No hay respuesta posible. En la taberna la gente escupe las palabras que hablan de mi solicitud, agrupando por ocio sus diferentes partes en un haz. Son, éstas, sociedades remotas, y si sonrío es porque en la baraja los monarcas son eminencias que se descartan plácidamente. Jugamos. Yo pierdo la solidez y una parte pequeña de la sustancia. Me lleno de titubeos, de dudas. Al fin de recobrar lo mejor de mí misma resultó entonces una entidad privada que no comparte nadie. Salgo a la calle: ansiosamente me desdoblo sobre la ciudad y busco lo que debo encontrar. La empresa es arbitraria pues torciendo la esquina llego a la cita donde las prostitutas moldean los movimientos en tanto que los pájaros entre una despedida

y la siguiente ofuscan con las alas la cabeza fecunda del profeta Ezequiel.

No puedo, por estas razones, dejar de acostarme con él aquí, en Pestum, donde me tiendo sobre la arena y blandamente siento que Antonio me regala, tomándola —de sí— una excesiva pieza de leche y de metal. Tales cosas también suceden entre los animales de Viterbo: venados cuyos cuernos obligan a cualquier clase de infidelidad. Pero yo no me formo de la opinion ajena y venturosa, animada, entro al confesionario para contar los síntomas de una historia cuya verdad consiste en las casullas, el óxido de hierro y un cura que a saltos imprevistos me cubre con el cuerpo. Después salgo de la sacristía y al encontrar a Clara convengo en que los gatos son más bien ocurrencias que sueñan en forma dispareja. Hablamos; con vigor subrayamos lo que ocurre cuando en las azoteas y en los tejados los pulmones se estiran para ventear el viento que si nace en agosto no perece en enero porque su industria teje fantasías a cual más intratables, a cual más. Lo que sí cristaliza es lo real y por eso los públicos opinan que la sodomía no se opone al progreso, al afán de triunfar que la iglesia propone sobre la superficie de la tierra.

Respiro. Callo. La mujer vende flores y simples sobrenombres: son blancos, amarillos, son las enemistades que me suplantan. Me uno entonces al interés de avanzar, látigo en mano, por el gerundio, y tiemblo. En cambio San Jorge está a caballo y el dragón, en el vértigo, no recibe regalos. Pero si esto es así ¿qué puede consolarme? ¿Quién quiere darme un trípode? ¿Quién recorta la tiara y se erige a sí mismo en majestad? No lo sé, pero los perros se olfatean y una mujer atraviesa la calle calculándolos. Sin que tal osadía suponga leyes o análisis continuos viste con medias listas a precisar lo oscuro de las ingles. Parpadea. La cara asoma por donde haya turistas a los que sorprender pues los muslos se aplican a recortar el aire de algún lecho privado. ¡Qué cercanía tan clásica! ¡Cuántos modos de amar precisa la memoria! Entonces me tiro al mar y recito los salmos cuya monotonía no me comprende por ser mi carne tan estimada entre los peces. En buena hora, en buena hora me calumnio con esta biografía. Pero sigo adelante y al recorrer al animal que es Roma cruzan por el espacio fragmentos que en la noche sólo serían la tiza de un granate mayor. En el viento yo monto las colinas y para no perderme dejo a mi paso crines horizontales para atrapar de mí, lo que hay de detrás. Respiro aliviada y los dos recorremos lo que tocamos complacidos de nuestra mutua visibilidad. Al besarnos la base de los labios el senado practica medios que van a la defensa de unos dioses cuyos métodos imitamos groseramente. Ya desnudo, ligeramente combo, el religioso repite con el vientre movimientos pausados, rítmicos. Luego se altera con esa redondez que debajo de sí late pues desea, al máximo, velocidad.

Estamos en estío y debido al calor de la canícula Gabriel opina que si amo a un sacerdote debo especificarlo y mantener en vilo la doctrina de la reencarnación. No es todo, sin embargo, pues debemos casarnos en la Nueva Galicia para medrar en paz. Lo acepto. Me persigno. La verdad es que nadie confunde la esencia con los síntomas y por eso los Foros Imperiales gobiernan desde allí la provincia. Cuento vítores y aplausos pues nuestro caso es ejemplar. Hay rezos, canongías; la exaltación de la libertad. Al mismo tiempo el pene de Neptuno es un punto de apoyo que me lleva y me trae a los infiernos pues no he pecado a mi satisfacción. Lloro hielo y hastío. Luego robo la máscara que cuelga en la pared y teniendo en cuenta la distancia que me separa del Monte Palatino la amoldo a unas palabras que Antonio aplicará para decirme que en la cama, desnudos, hablaremos activa, recíproca, equivacadamente.

CARA II
Duración:
13' 00"

Llego a la Vía del Seminario. Por un instante me coloco la malla y acaricio la parte del caballo que pelea en los combates por el sexo. Después ato la cuerda al tronco para irme lejos porque en la noche la mujer llora por el difunto al que le lleva rosas en Olmedo. ¡Cuánta fragancia alterna! ¡Cuántas irreverencias! Pero el turismo opina que morir es bicoca y para celebrarlo, durante la cuaresma, abre las piernas. Una colonia de extranjeros y el comercio exterior se escandalizan, manotean, pero entre tanta y tanta maravilla ¿qué presagio se salva? ¿Qué previsión se oculta? ¿Cuál proyecto, cuál herida amorosa reclama apasionadamente sus derechos? Si no respondo es que no lo deseo porque en mí hay una carga tan atrozmente viva que todo lujo nuevo es ya un bostezo. Ahora conozco a Antonio y después de abrazarnos le digo que al arbitrio manejo los empeños en que me encuentro. Como consecuencia de este nuevo desorden detesto semejantes caricias. Suplico. Pregunto luego por las esferas blancas. Beso al niño en la boca y, sin ningún sostén, me despeño. ¿Ha visto alguien un frutero silvestre? ¿El salvado, los sabores muy ácidos, la sed? Decido alzar mi precio y acariciando el bozo del estudiante ocupo los lugares del pensamiento. Abandono, para siempre, el hotel. Pero el beso es profundo, de tal suerte que las ideas, al irse, se apoderan de sustancias muy cálidas, de huecos. Sin embargo no me decido a nada como no sea a caminar entre los promontorios hasta que ya en los Foros Imperiales sé que un encuentro en ellos es parte de la grandeza de los muertos. El cura los amasa, yo los mimo. No es de extrañar por tanto que algo surja y se haga indispensable pues llena de propósitos me suelto las escamas para nadar. Ya dentro del estanque respiro y al cruzar las rodillas dejo por todas partes como reguero a dos seminaristas. El escándalo agita la risa; tapo mis labios y cubro a los demás tan relativamente que otras cosas escapan fluctuando en el desorden. Entonces grito que tengo la cualidad de atraer los objetos. Se oye el eco. Cambia mi rostro al aceptar la situación y al margen del compás seco mis lágrimas porque todo sucede en la naturaleza de la larga cadena de los méritos.

Ignoro qué horas son. Crece el calor formando figuras de cera. Hay también barro que se utiliza para moldearme proponiéndome como la imitación, como la garantía de un alto espíritu que requiere por lo menos de varios cuerpos para existir. Los pinos son masas errantes cuya ciencia los agrupa en tamaños pero a veces, en su lugar, aparecen ruinas mecánicamente, prontas a decidir dónde cambiar de sitio ya que la fuga hace de mi pecado algo basto y tupido. Me embarro las piernas con aceite porque a Antonio le gustan y al tocarlas los picos y las plumas que pasan por el aire se estremecen. El terror a la muda es natural y me detengo en la Villa Torlonia. Nadie puede pensar en mi conducta como un desvío ni en que una vez lanzado el anatema el Papado me aplaste pues se empeña en abrirle las valvas a la almeja. Julio II no alega en su defensa sino sus propios gustos: torsos de adolescentes que prescriben las más estrictas observancias de la Iglesia pues son únicos, uniformes; son aquellos que por instantes logran desprenderse de su propia prisión material. Y sin embargo las palomas son carta sin firma. Pero todo es arcaico, lo mismo los distritos postales que los obeliscos cuya altura se liga a la circuncisión que hay en Egipto. No hay por qué preocuparse. Cada rasgo romano permite ver con claridad el por qué del encuentro; luego, alegremente, les doy carne a los gatos, cuya felicidad se mantiene en el intervalo que trazan con la cola. Pero la lengua es lija y el pedazo

que muerden mitad son nervios y lo demás una continuidad que buscan con alelamiento. Dejo atrás el oxígeno y me voy por las calles que a fuego lento hierven al convenir agosto en mí. Todo se evapora, todo se pule; los reflejos anuncian la noche. Abades y abadesas los hay ya análogos, ya sordos. Otros explican los episodios vivos del infierno para luego, olvidados, administrar la paga a los palafreneros que duermen en el heno con la medida exacta del espejo. Se hacen —éstos y aquéllos— medidas mansas, misericordiosas, en tanto que las dueñas, por una transferencia, relinchan en el coito. Ruidos de pasos suben hasta el coro. Nada se integra. Un negro americano, por su parte, se vuelve tan ligero que de pronto es una mancha oscura que se aleja en el pájaro, hacia el mar. Así y todo cierro los párpados pues no quiero estropear la elegancia ni la desproporción de mi apetito, saciado de uvas, de granos de mostaza, de la pimienta de Indias y la connotación de mi figura. Largo es el cuello; el alivio, global. Camino. Rindo mis movimientos para formar el halo que rodea la cabeza del Hospicio de la Dolorosa y luego de mí misma puesta a distancia, gesticulo haciendo con las manos un arma de dos filos que puede herirme mientras no encuentro peces sobre el papel que escribo. Pero en este relato no escrituro las mañas que tuvieron los celtas por 1625. Ahora chasqueo la lengua y volublemente, frecuentemente, partido a la mitad el siglo, yo pregunto: ¿por qué vírgenes, cabras y organismos cerrados cruzan por mi memoria? No me contesta nadie y al caer la tarde sobre su precio fijo rueda la cúpula vaticana y también el azar, que lejos de ser cruel, practica su propia religión mejor que nadie.

Poco sé de firmezas; mucho de menesteres cercanos a una aislamiento intrínseco. Y sin embargo lo que contemplo es la calca, el borrador de afecciones locales o pasadas a las que si me entrego es por haber asimilado el curso de los días para beber, y una vez briaga, dejar atrás este confinamiento en que las horas me recluyen y también el monólogo. Entonces me disipo y a base de oratoria ejercito la fama que desarma al contrario, un obispo que no tiene decoro. Es la cisma; el mareo que proviene al viajar por los senos de la Iglesia, gran prostituta local. Pero éste es el momento de dormir alargados de Vicenza a Volterra para que entre las sábanas los bultos se perfilen llamados por el ritmo. Las sombras, entretanto, se descuidan. Surgen los templos. Se trata de medrar con Calvino; de la sangre de Miguel Servet que por la tarde, en Roma, protesta porque el viento en las venas se vierte. La gente se enferma de rabia; los ojos de Santa Lucía, empañados por el horror de la deshonra, descubren lo inútil del halcón. Insisto, sin embargo, que hay que tomar ejemplo en las columnas, cuando al pasar miran el arco; o en su defecto de la matrona que al divorciarse rompe con el espacio. Pero también de la naturaleza de un encuentro tan puro que sin perseverar irá angostándose para poner, en un vaso, todas aquellas yerbas y esta mata de espinas. Porque lejos, en la bahía, Gabriel reza el rosario y adelgaza para hacer ágilmente el amor. Trepa al barco e inspecciona la popa; luego —libre del equipaje— tira las claraboyas y sube al mástil donde si baja la cabeza a sí mismo en el agua se contempla para decir por qué, si aquello es el espejo, no se quiebra al saltar dislocada la vanidad. Grande es mi pena al advertirlo, pero si no me voy es porque brutalmente me embelesan las ostras que saco sin que importen la enfermedad que tienen, ni el calamar, ni la tinta del pulpo para escribir que he dejado de lado las relaciones públicas. Nombres y acciones van; los burdeles esconden vírgenes que remiendan manos de solterona. ¡Ay de la dirección! ¡Ay del pronombre cuando al ser posesivo se enamora! ¿Qué caso tiene entonces, que

a la hora del crepúsculo se expriman las manzanas? ¿Cuál que el esclavo sude y se amodorre y que la novia arroje los azahares a fin de que las otras recojan los olores? Nada respondo. En la Villa Vittoria me siento a meditar. Con el anteojo de larga vista me ayudo para ver en las ruinas la línea del ataque y la de la defensa. Como nadie quiere la guerra los curiosos penetran en la iglesia cuando Antonio me dice que vayamos a Pestum para alcanzar entre ambos una comunidad. A mí me llega el eco y fuera de tan raro problema me flagelo porque tales costumbres las aprendí desde muy niña. Exclamo entonces locales onomatopeyas y después, más tranquila, me sorprendo en la tumba de mí misma.

Allí, por vez primera, se me aparece el diablo. En medio de los cuernos —yo de rodillas— le coloca la marca que impulsada hacia abajo le provoca el azufre y la distancia que entre ambos acorta la memoria. Ya conseguida esta ventaja me coloco en la zona donde se neutralizan unos poderes que poco antes, en caso de haberlos admitido, me volverían francamente intermedia. Como no ha sido así reclamo la acidez de la cola y mientras la Iglesia lo reparte donde más le conviene él se caracteriza entre cosas y cosas. Viene a mí de costado, de perfil, abolido; llega porque es el requisito indispensable para una clase de dominio, ligeramente idealizado, que es insuficiente en proporción al deseo de alcanzarlo. Si entrecierro los ojos noto que hay intervalos pues por promiscuidad ruge para que varias especies de leopardos obtengan pinceladas sobre la piel. Pero ya en soledad, ya en una compañía así de displicente, él es el sitio donde debo vivir. Demando por eso equidad y el reverso de la dureza del cuello de almidón que, fuera de su centro, ignora lo que significa la virtud. Es ahora, y no antes, cuando me atrevo a hacer la demanda ya que el arte de escudriñar en la materia se halla presente y porque lo desea implanta sus instintos. Reúno los capiteles y en el vaso que tomo para beber formo la isla. Allí convoco las abejas que me darán cera para crear a quienes a nuestro alrededor, inusitadamente, invierten los valores de la felicidad. Inflamada por ella, propongo el énfasis para solucionar el conflicto de pecar no sabiendo con quién. A este propósito no sirven las entrañas que el héroe le regala a la historia que narra este incidente, por lo que a borbotones riegan la linfa los barrios laterales. En cambio desde aquí, abrazada a la cúpula del Vaticano, suavemente le sobo los nervios y los arcos que al derecho o al contrario, por ser amplios, levantan gritos en el convento. Porque es la canícula y el aire el más personal, el más extraño de los hechos.

Subo, bajo; estudio a los eunucos y a las monjas, pero luego se oyen sonar los peces que regresan a puerto, donde su geometría son vaguedades. Yo cuento con las olas; ellos, con los alrededores, y al elevarse son montes de aire, figuras de monásticas órdenes. Si los sumo dan dos: uno baja hacia el mar, otro remonta el río y así la carta que se juega es por contradictoria una mujer de alcurnia que se empeña en soñar. Pero es mediodía y a pesar de lo claro que es todo esto deseo aclararlo más. Quiero decir que vivo la existencia como cosa oportuna, repitiéndome, hasta que por cansancio me fijo en un acontecer que es absoluto. Sin embargo, nada es preciso, ni siquiera las córneas de los ojos. Nada es escrupuloso ni particular ¿Dónde está el alma? ¿Dónde?

La busco y encontrándola, diría que es resultado de un agua organizada que muy tranquilamente se decide a viajar. Pero todos sabemos que no existe ninguna meta aunque yo misma, al caminar, sepa que en la masa los acontecimientos finales me rodean. Comprendo entonces que es horrible ser joven y tan tímida; ser las hojas, francamente moradas, del corazón. Me da igual, por lo tanto, que las pecas se escondan en los filos graciosos que bajan a las nalgas así como

decir que recargo los codos pues, absorta, si estoy en un sitio, afirmo en otros la manía de no dejarme ver. Es el tiempo, es el tiempo.

Del crepúsculo; de Rómulo y de Remo; de la segunda fila de razones que se delatan en la terraza del Monte Palatino surge lo que yo escribo que, arrugado por el uso y los años, acorta las etapas que lo separan del atardecer. Es lo mismo que cambiar de lugar si por fuera la cabeza, de cabellos muy pálidos, se inclina para beber dejando, a un lado, el lustre del fúnebre cortejo que por lo bajo soy. Grito. Añoro decir la verdad. Por eso me remonto, invirtiendo papeles, al estío donde se ejerce, a pautas, la opción a la virtud. Nada se puede hacer. Así y todo no sé quién es Milesio e ignoro quienes fueron sus hijos. Los Foros Imperiales prolongan lo amarillo en un grano de avena que se mece a la hora en que me detengo. Con el sudor sobre el aliento sugiero un nuevo modo de decir las palabras a las que tomo con los dedos dejando sobre el aire la corola cuyo olor no indica que sea extrema mi fertilidad. Pero son las tres, de tal suerte que avanzo con lentitud pues sobran los ruidos hechos por las piernas para dejarme atrás. Tengo, no obstante, que llegar a un sitio cualquiera, para —libre del viaje— contar números breves, habitantes de Iberia, invectivas y sátiras. Tengo, también, que saber quién soy, quién es Antonio o Gabriel mismo, aclarando que todos los enredos son materia animada, de uso diario, bestial. Después de hacer una escala muy corta comprendo que los átomos estallan mientras se oficia llamando a los mecánicos cuyo propósito, de haberlo, es exprimir del cielo licores que protestan cuando los dientes cortan la cereza sobre un viento común. Me toco entonces la garganta y siento así un sistema de cuerdas privativo de la voluntad. Es cosa de arrancar a la vida los aspectos viejos, ruinas inevitables porque al batir las alas forman, con las columnas, admiraciones entre objetos y objetos que nos pertenecen.

Cruza el azar, que sin fecha ninguna me imprime un movimiento que me acerca a los Foros donde el cura no ignora que por dentro también el esqueleto reclama las órdenes del sexo. Pero cada rincón de esta ciudad se remonta a ademanes vividos, a distancias en las que se reparten café en entierros para gente educada. Es ésta la parte de la historia que suspira hidrógeno; es ésta, y no otra, la que se rodea del rencor implacable que posee la nostalgia. El intento es extremo y declara un estado de cosas habitual. Y sin embargo, desplazándome noto que el aire corre en la carta geográfica, rodea enseguida la cabeza del mártir y enfrente de la aureola cierra sobre sí mismo el círculo a la altura exacta de tamaño propósito. Voy, vengo. Mi frente brilla pero lejos, en la canícula, dedos y llaves ágiles rompen con la cadena de la meditación.

Flota la armonía de olores apestosos, campanas y gemidos. Sobre los puentes, hacia abajo, gratuitamente me suelto las quijadas para reír puliendo con destreza la sensación aguda que tenemos al decirnos adiós. Quizás para encontrar lo que deseo se necesite intrepidez, perseverancia; quizás para saber que estoy en Roma deba agregar que espero noticias de algo que cesó de morir. Pero la verdad es que lleno debidamente los requisitos de la conversación que ahora sostengo y luego, mucho más sosegada, entro en silencio. No me espanta hallarme en un ámbito que llamaría normal. Por ello, sólo por ello, en Santa María la Antigua máquinas similares completan la labor, pues que nada es lo mismo. Son las seis. Antonio —prolongado, directo— se despide con el traje de alpaca calificado sobre una luz que lo arroja hacia sí, hacia mí, hacia un mar en el que existe la botella y dentro el clásico velero con triángulos que añado porque en el mar existen astros, vegetales y algo que, de sangrar la boca, no pierde este asomo instantáneo de continuidad. Limpios de extremos y de contenidos, vuelan los pájaros, pero, ¿quién opina que ha quebrado la Bolsa? ¿quién que las hordas de ángeles se vendieron por dólares? Lo cierto es que todo el que siente sabe que hay otras cosas; que a mansalva existe, sobre el papel, la libertad.

Mi sitio es éste. Alcanzo un movimiento más y más indicado, más puro, en el que aplico mi profesión pues los minutos, evidentes como son en abril, son agosto. En la cima del Monte Palatino me limito a suplir, con los ojos, áreas que me coloco para observar. Tiemblo. Como a estas horas no tengo ganas de mentir, disfruto del momento que al romper las amarras obtiene una ganancia en el espacio. Pero el agua está en Ostia, atando a los pescados, golpe por golpe, por medio de cadenas, a otro pie. Si los cuentos son dos, con anémonas y algas, enemigos. Pero gana el de abajo, el más feo, el abortado, pues una intensa alegría se apodera de mí y a martillazos muy provisionales el corazón me advierte que el encuentro que busco se paroxima. Llego, por fin, a Roma. Veo al sacerdote. El me penetra sin hacer distinciones. Aclaramos que somos una sola dimensión; que nos apoderamos de un lugar común. Vienen luego periodos de silencio pero entonces, realmente invertebrada, arrastro mi ataúd que entre una despedida y la cercana ofusca, entre sus alas, el sabor de mi muerte.

IMPRESO EN MÉXICO IMPRENTA MADERO, S. A.